

*En Micro 78*



*Dana Hart*

Se subió primero y fue directo al final de la micro. Apoyó sus dos brazos entre los fierros y se puso a hablar muy fuerte, como para que cada viajante lo escuchara. Decía que era “el más choro”, “el más vivo”. Se rio de dos o tres situaciones, en las que un hombre expuso su aparente debilidad. “Enójate, po loco”, les decía. “Enójate”. Gritó todas y cada una de las ocasiones en las que fue el más choro, en un recorrido de unos veinte minutos costeano el borde del mar, con acantilados y precipicios. Hasta que llegó a su paradero, bajó y le pegó un combo a la micro, justo en la última ventanilla. El chofer se bajó de la máquina, se le acercó y lo empujó con los dos brazos directo en el pecho. El choro se echó para atrás, se dio media vuelta y se fue. Ya habíamos visto una pelea antes un rato antes, cuando una mujer se subió persiguiendo a otra, gritando “pásame la pistola”. Ese día aprendimos que el más vivo de todos, es el chofer.



Íbamos caminando hacia el paradero, cuando un perrito negro se nos acercó para que le hiciéramos caricias. Después más tarde, se nos acercaron otros dos perritos y luego uno más, así que ya yo pensaba que iba a haber un terremoto o un fuerte temblor. Pero al final no hubo nada. El perrito negro se subió a la micro, olfateando mi mano izquierda, y se quiso sentar, casi encima de mí. El chofer se detuvo para bajarlo, y varias personas a bordo, intentaban hacer ruidos fuertes para que el perrito se bajara, pero el choco permanecía a mi lado, olfateando mi mano, mirándome con cara de pena. Pensé que luego de los ruidos fuertes, el chofer, que hizo un movimiento hacia su costado, apoyándose casi hasta el suelo en el hombro, iba a sacar un palo, para bajarlo del susto. Pero en vez de eso, sacó un pancito y lo llamó al perrito, que enseguida fue, lo agarró con la boca, y se bajó cordialmente.



Veía protestando en mi cabeza, por la neoliberalización del mundo, y cómo se nota, en la vida cotidiana, la miseria de la vida. Cuando se subió por la puerta trasera una señora, con un carro muy lleno de frutas y verduras de la feria. Al tercer movimiento fuerte de la micro, el carro se volcó, y sus compras rodaron por el suelo encastrado de pies y de chicles. Justo cuando pensaba que no podía ser más terrible, las personas, desde el principio de la micro, hacia el final, comenzaron a hacer una cadena humana espontánea para devolverle a la señora sus vegetales. ¡Hay esperanza!

Tengo una fobia muy bien extendida por la corteza de los dedos. Es nueva. Emergió hace relativamente poco tiempo. La fobia al que chofer se quede dormido. Veníamos, muy temprano en la mañana, cuando todavía es de noche y la somnolencia se apodera del tiempo. Veía que el chofer pestañeaba más de la cuenta, con largas bajadas de persiana, casi eternas. Y de vez en cuando, tomaba un sorbo de una lata amarilla de bebida energética. Y me había pasado una vez, obligándome a bajar mucho antes en el recorrido. Pero ahora estaba en el medio de la ruta, de noche, así que me levanté y me acerqué para preguntarle si se estaba quedando dormido, me hizo una sonrisa burlona y me fui a sentar. Nunca supe si fue un ataque de paranoia o un peligro. Pero cada vez que volví a ver a ese micrero, se fue todo el viaje riendo.





Siete y veinte de la mañana. La micro estaba repleta de escolares. Colgaban de los pasamanos, como monos, videntes, subversivos, contestatarios. El chofer doblaba por los cerros, salpicando pavimento hirviendo. Empezó a sonar "Another Brick in the Wall" y mientras manejaba, la iba tarareando a viva voz. Cada estribillo, cada palabra en inglés, se la sabía bien de memoria. No era un chofer, era un artista. No era un ladrillo más en la pared.



Parafraseando a Flora Tristán, hay alguien más oprimido que el micrero, y es la esposa del micrero. Esta tarde cuando me subí a la micro, lo primero que noté, es un truco para que los dedos no huelan a ningún tipo de cigarro. Ocupan el arbolito que cuelga de los caños, ese pequeño pino en miniatura, de colores, que frotan con los dos dedos fumadores, y después se lo huelen, casi metiéndoselo a las fosas nasales, para confirmar que ahora están como en el bosque. Le dije a un joven: “¿Compañero, puede cerrar la compuerta de arriba, por favor?” y me quedé pensando en la mujer, que iba cobrando las monedas. Claramente era la esposa del micrero. Durante los primeros quince minutos, me sentí en la piel de esa mujer, pude ver su alacena, la cocina, los lugares que frecuentaba. Pude verlo llegar a él, cansado, a comer a la casa, a veces sonriendo, a veces no. Por un momento, sentí la emoción de preguntarme: “¿Dónde está mi obrero?”, en el lugar en el que debería estar yo, en el lugar en el que debería estar él. Pero luego, cuando me bajé de la micro, hice mis trámites, y volví a tomarla de vuelta a la casa, otra mujer, de otro

micrero, lo acompañaba en el viaje. Agarrando las monedas, e intercambiándolo por boletos, poniendo la máxima de las caras serias. Y ahí me di cuenta. Ella estaba haciendo el trabajo del joven que suele ir de ayudante. Ellas, estaban haciendo ese trabajo. Sin cobrarle nada a nadie, obviamente, porque son sus maridos, los micreros. Como un favor. Como una paleteada. Como una manera de ayudar. De ahorrarse unos dineros. Pero siendo, explotada, doblemente. Por el patrón, que carga sobre el bolsillo del micrero la necesidad del ayudante, y por el marido, que sin querer, queriendo, se está ahorrando unos buenos pesos. O por lo menos, eso me imaginaba yo, mientras mis ilusiones pasaban de romperse, a destronarse.



La micro suele ir repleta de personas extranjeras. Personas que tarde entienden cómo hay que tirar del cordel cuando no funciona el timbre. O la estricta necesidad de respetar cada paradero. También me tocó ser persona extranjera en micro extranjera. Hasta que entendí que hay cordeles y hasta juguetes para perros con formas de pollo que suenan. Timbres de casas. Campanas. Y el muy cotizado grito: “en el paradero por favor”, o “la puerta”. Pero de todo, sin pensarlo, aquello que me hizo decidir seguir tomando la misma micro y volverme en una foránea en ella, fue observar que a veces, cuando iba más llena, en los peores horarios, se subía por la parte trasera alguien, que le gritaba desde al fondo al micrero la ubicación en la que debía bajarse y después, le enviaba un billete, cruzando de mano en mano por toda la micro hasta llegar adelante, pasando por las manos de escolares, obreros, señoras, señores, y retornando finalmente, el boleto con el vuelto.

Recuerdo que la primera vez que vi esta acción, pensé que esto era realmente el primer mundo. Un primer

mundo en donde la gente es solidaria, y no hay alguien, a lo largo del trayecto, que se meta la mano en el bolsillo para quedarse con las monedas. Notable. Realmente destacable.



[www.danahantescritora.com](http://www.danahantescritora.com)

